

APERTURA O GUERRA FRÍA

Si se suspendiese la política de apertura al Este de Alemania Federal, ¿cuál sería la alternativa? El regreso a la guerra fría, advierte la Unión Soviética. Valentín Berezkov, a quien se tiene por el experto en política exterior del partido comunista de la Unión Soviética, no se detiene ya en esta advertencia: cree posible, incluso, «la «guerra caliente», son sus propias palabras. En la «Pravda» se escribe que si el Parlamento de Bonn no ratifica los tratados con la URSS y con Polonia, esto se considerará en Moscú como «un regreso de Alemania Federal a las ideas de nacionalsocialismo, de revanchismo y de guerra fría». Para la oposición demócrata cristiana, que trabaja activamente para que los tratados no se ratifiquen, estas declaraciones soviéticas suponen «una injerencia en los asuntos interiores de Alemania Federal». Es la voz dramatizante de Strauss —ministro fantasma, ahora, en el Gabinete de la oposición— la que pronuncia estas palabras, pero Strauss, hace unas semanas, había advertido que el papel de la República Federal sería el de «hacer respetar los derechos del hombre en Europa occidental» mediante una «liberación de los países satélites». En materia de injerencia en los asuntos de otros países, estas frases de Strauss van bastante más allá que las amenazas soviéticas.

TODO este clima de intranquilidad nace de una cierta guerra de nervios en torno a la posibilidad de que los tratados de Moscú y Varsovia no sean ratificados por el Parlamento alemán (véase el número anterior de TRIUNFO). Los datos son éstos: en la Cámara alta, el Gobierno no dispone de mayoría, y podrían ser rechazados los tratados, que volverían a la Cámara baja para una nueva lectura, en la cual, el Gobierno tendría que tener mayoría absoluta (la mitad más uno) para conseguir la ratificación. Precisamente la mayoría actual (para ese tema) es de uno o dos votos; un incidente, una defunción, una simple enfermedad, dejaría al Gobierno de Willy Brandt en minoría, y los tratados de apertura al Este serían rechazados. La acuidad de esta situación está siendo explotada por los demócratas cristianos. Quizá no sea tan dramática como se pretende. Willy Brandt confía en que las elecciones territoriales de Baden-Wurtemberg (23 de abril) den la mayoría al Gobierno

«Todo este clima de intranquilidad nace de una cierta guerra de nervios en torno a la posibilidad de que los tratados de Moscú y Varsovia no sean ratificados en el Parlamento alemán». En la foto, de septiembre de 1970, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Walter Schell, informa al Gobierno sobre el tratado de no agresión, firmado entonces con la Unión Soviética.

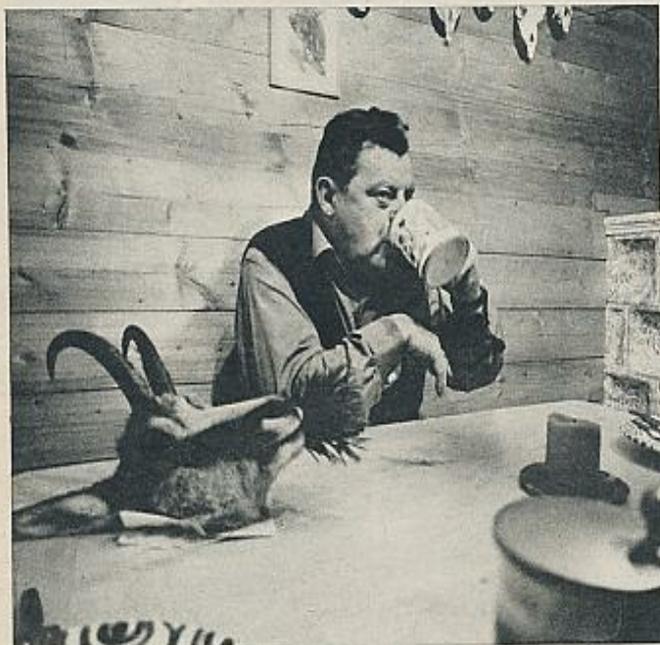


en la Cámara alta y, en el peor de los casos, que la mayoría absoluta se mantenga en la Cámara baja en el voto final, que se celebrará hacia mayo o junio.

LA cascada de acontecimientos que anuncia la oposición es esta otra: derrotas sucesivas del Gobierno, caída de Willy Brandt en una votación final, convocatoria de elecciones anticipadas, triunfo demócrata cristiano, Gobierno presidido por Barzel, con Strauss, Schroeder y Narjes en los Ministerios clave. Las previsiones de la oposición se detienen aquí. Efectivamente, no parece que tengan ninguna otra alternativa que ofrecer a la política de apertura al Este. Pero puede preverse algo de lo que pasaría. Los acuerdos internacionales acerca de Berlín-Oeste no podrían ponerse en funcionamiento —Brandt ha conseguido hacerlos depender de los tratados—; los acuerdos de tráfico entre las dos Alemanias quedarían interrumpidos; finalmente, quedaría de nuevo en el aire el «statu quo» de Europa y se reanudarían las discusiones en torno a fronteras y territorios, mientras se alejaba la posibilidad de la conferencia de seguridad europea, que debe basarse precisamente en ese «statu quo». ¿Qué beneficio le quedaría a Alemania Federal de esta demolición de las líneas generales en que se basa la política europea? No se ven claramente. La larga doctrina de la democracia cristiana durante sus años de gobierno ha consistido en la idea de que la República Democrática Alemana debía dejar de ser comunista, incluso mediante el uso de la fuerza, para proceder a una reunificación sobre la base de que la República Federal es la única representativa y auténtica. Según las declaraciones de Strauss, su política actual sería no solamente esa, sino también su extensión hacia polacos, checos, húngaros... No parece que hoy haya una ligera posibilidad de que algo parecido ocurra. Tampoco era posible en tiempos de Adenauer. Pero Adenauer estaba apoyado por los Estados Unidos, y el mecanismo de la guerra fría mantenía esa doctrina alemana como esencial.

HOY, el secretario de Estado de los Estados Unidos no es ya Foster Dulles, como entonces, sino William Rogers; y Nixon, que entonces era vicepresidente y ahora es Presidente, es un tráfugo de la guerra fría a la negociación, converso al filo de los votos de sus conciudadanos. William Rogers, en unas declaraciones de la semana pasada, ha tenido un gran cuidado de no entrar verbalmente en una injerencia en los asuntos interiores de Alemania Federal, pero ha hecho constar el interés de Washington en los acuerdos de Berlín —que, queda dicho, dependen de la ratificación de los de Moscú y Varsovia—, ha dado un cierto énfasis al interés de Estados Unidos por el proyecto de conferencia de seguridad europea y ha convenido en la aceptación del «statu quo» europeo por el camino indirecto de advertir a la URSS que no debe alterarlo.

LOS indicios de que la URSS pueda alterar esta situación actual se basan, sobre todo, en la idea de que Moscú está reforzando su armamento y sus ejércitos convencionales —es decir, aquellos que le servirían para una guerra de infantería en Europa— y en algunas noticias, principalmente de fuente yugoslava, según las cuales la URSS está presionando ahora más fuertemente que nunca sobre los países de su zona de influencia y sobre los partidos comunistas de Europa con la tesis de que «el verdadero comunismo se mide por la fidelidad a la URSS» (frase de un artículo publicado en la revista soviética «Vida Internacional»), y el rumor de que se está preparando en Moscú una nueva Kominform (la Kominform, como se sabe, fue la sucesora más suave de la Komintern, o Internacional comunista, órgano supremo de la línea general de los partidos comunistas en el mundo; una y otra fueron disueltas como muestra de amistad de la URSS a los países capitalistas). Es decir, que la URSS no sólo advierte de que una suspensión de la política de apertura al Este de la Alemania Federal podría suscitar de nuevo la guerra fría, sino que parece prepararse para esa eventualidad.



Strauss —ministro fantasma, ahora, en la posición demócrata cristiana— sostiene que la postura soviética, ante la posibilidad de la no ratificación de los acuerdos, supone «una injerencia en los asuntos interiores de Alemania Federal».

Por otra parte, Francia apoya la política de apertura (según las recientes conversaciones de Pompidou y Willy Brandt), y Gran Bretaña ha confiado en ella para su ingreso en la Comunidad Económica Europea. Willy Brandt está acentuando, ahora más que nunca, la importancia que tiene una política común europea. Con el apoyo de Europa y el de los Estados Unidos, Willy Brandt puede presentarse ante su país como un occidentalista y tratar de deshacer las acusaciones de «traidor a Occidente» que le hacen sus enemigos interiores. «La política de apertura al Este empieza en Occidente», ha dicho Brandt en París.

El problema esencial que tiene hoy la democracia cristiana alemana es que no ha sabido tener una posición de adaptación a las circunstancias, y se ha encerrado en la extrema derecha. Es un problema común con sus correligionarios de otros países. La francesa —el M. R. P. de Bidault— terminó aliándose con la OAS y conspirando en una guerra clandestina de extrema derecha. La italiana va, aun en contra de su voluntad, aproximándose a los puntos programáticos del neofascismo. La chilena de Eduardo Frei está adoptando posiciones abiertamente derechistas frente a Allende. En la evolución de las especies políticas, estos grandes dinosaurios no parece que sepan adaptarse a las nuevas circunstancias de la ecología, y tienden a perecer. Estos centrismos son mucho más sensibles a contemporizar con las derechas arcaicas, por las que sin duda sienten una simpatía nostálgica, que con otras formas dinámicas de la vida.

La democracia cristiana alemana federal, centrada en algunos de sus hombres más rígidos y duros —Barzel, Strauss—, está dando una batalla probablemente sin salida, aunque la guerra de nervios que está produciendo inquiete al mundo. Se está jugando, probablemente, su existencia. Sin perder esta ocasión quedará a la larga como un partido residual que no ha sabido comprender la realidad de una situación que desborda ciertos ideales. Si ganara, no podría ejercer su política ni realizar sus promesas a los electores. No hay muchas probabilidades de que se vuelva a la guerra fría, a pesar de las advertencias de Moscú, sino más bien de que Alemania Federal quedase aislada de un mundo occidental que ha optado por la coexistencia y que difícilmente tolerará que Alemania vuelva a representar el papel de perturbador que le ha correspondido ya varias veces en la Historia.

EL PAIS QUE PÉRDIO SU NOMBRE

CHIANG KAI-CHEK, OTRA VEZ PRESIDENTE

A los ochenta y cuatro años, Chiang Kai-chek acaba de ser elegido por seis años más como Presidente de un país cuya existencia oficial, incluso su nombre, es hoy un enigma: desde hace muchos años —desde 1949 hasta 1971— ha sido considerado en las Naciones Unidas como la única China, pero ahora China es «la otra» y estas islas de Formosa han sido reconocidas por Nixon y Mao como «parte integrante de China», su gobierno la sigue considerando como la única China verdadera y sus habitantes, evidentemente, no se sabe lo que piensan porque no pueden expresarlo. Japoneses durante cincuenta años, aunque de origen chino; devueltos a China desde 1945 y desde entonces ocupados por los Estados Unidos, que han creado una zona de alto nivel de vida y de consumo occidental, los formosanos viven en una encrucijada histórica y geográfica: son catorce millones de personas que a lo mejor están complacidos por la facilidad con que Nixon y Mao les declaran incorporados a China, pero a lo mejor no.

El anciano y aventurero político Chiang había anunciado su retirada, pero las circunstancias le han hecho optar de nuevo al cargo. Las circunstancias o quizá las presiones de los grupos que ejercen el poder en Formosa con el nombre del partido Kuomintang y que necesitan a Chiang como un símbolo. Noventa y nueve miembros seleccionados del Comité Central del partido le reeligieron Presidente el viernes por unanimidad: la elección oficial se celebrará el día 21 en la Asamblea Nacional y habrá también unanimidad. Son curiosos estos ritos de futuro, cuando en realidad el verdadero futuro ofrece las interrogantes típicas de un final de capítulo de folletín: ¿abandonarán Formosa los Estados Unidos? ¿Conseguirán sus ciudadanos una verdadera autodeterminación, al margen de lo que decidan Chiang, Mao y Nixon? ¿Formosa llegará a ser un país independiente? ¿Se sumarán sus tres islas a la China comunista? ¿Conseguirá este fatigado dictador vencer a la muerte física, a la degeneración de la edad? En realidad, el dudo-

so país va a estar gobernado por el vicepresidente Yen —también reeligido, a los sesenta y siete años—, que puede ser Presidente a la muerte de Chiang. Aunque nadie sabe lo que puede pasar a la muerte de Chiang: y una de las posibilidades es que opte entonces al poder su propio hijo. Pero los testigos de la ceremonia de reelección describen a Chiang como en muy buena salud. Sus palabras han sido de un espantoso optimismo. Chiang Kai-chek sigue manteniendo la idea de que puede rescatarse la China continental y que las cosas están ahora mejor que nunca: «Es bueno que haya cambios —ha dicho— porque, manipulando estos cambios, podremos crear un nuevo futuro para nuestra nación. Es bueno que nos arriesguemos, porque sólo arriesgándonos podremos alcanzar el triunfo».

¿Qué clase de riesgos puede emprender Chiang Kai-chek? Algunos observadores creen que va a intentar alguna clase de maniobra que obligue a enfrentarse otra vez a China con los Estados Unidos. Parece demasiado tarde. Lo ha estado intentando durante veinticinco años, y en realidad no ha sido más que un peón para Estados Unidos. Otros piensan que va a intentar precisamente todo lo contrario: un entendimiento directo con Mao, de forma que se reconozcan sus viejos méritos en la lucha por la república y el final del mandarinato, que se olviden sus horripilantes matanzas de comunistas y pueda obtener un puesto honorífico en Pekín y, sobre todo, la integración de los políticos y militares del Kuomintang en el régimen de Pekín. Quizá hace algunos años hubiera sido aceptado inmediatamente, pero entonces los Estados Unidos no se lo hubieran permitido; aun ahora sería una excelente solución a la oriental —sin perder la cara— si tuviera la anuencia de Washington. Otro examen de la situación puede hacer pensar que el Presidente Chiang ya no va a hacer nada, ya no puede hacer nada más que esperar que la Historia y la Medicina le ayuden en lo posible a ganar el breve tiempo que pueda quedarle.